Título de la Obra: ÁGORA

Seudónimo: Hemeaqui

Leopoldo de 11 años miró hacia atrás, temeroso del río que acababa de atravesar para llegar a la escuela, porque tendría que cruzarlo de nuevo de regreso a casa, y el cielo amenazaba mucho más lluvia. Cruzaba por allí todos los días, y ese cause siempre llevaba agua, pero no tanta, habías meses en que era más fácil, y otros en que arrastraba gente. Suspiró profundo y trató de no darle importancia. Por lo pronto le esperaba un pizarrón de gis, que había que limpiar mucho con trapos mojados para que se notaran las letras y una banca destartalada, para sentarse horas a escuchar a un maestro de cosas impresionantes, como las ciudades donde todo era pavimento y la gente usaba zapatos siempre, se subían a carros y autobuses que circulaban a lo largo del día, allí, conceptos como motores de combustión interna, velocidad y distancia, parecían tener sentido, y cosas como conjugar, y conocer palabras correctas, eran importantes.

A Leo su maestro le insistía: "No se dice Haiga", pero cuando se lo comunicaba a su abuela, mientras ella torteaba cantando una vieja canción, se llevaba un coscorrón si insistía.

- Nostás pa arrepentirte de lo queres -le decía la abuela- aunque haiga escuela, que trae palabras de lejos. Tú sigues aquí. Y si te vas pal norte, a naiden la importará si dices ciudad o suidad, porque allá hablarás inglés, y tendrás que decir city, y ¿Onde estará el maestro pa corregirte? y ya puestos, leopoldito, si quieres hablar de veras decente deberías decir Warúrachi, en la lengua tarahumara, porque tú eres rarámuri, de pies ligeros.

- Pero entonces -insistía Leopoldo por dar lata- ¿Haiga o Haya?.

- Niru.

- Tasi apanérowa, tasi karí -citaba Leopoldo a su padre- sin amigos, no hay casa: Sin los tuyos, no hay hogar.

Cuando Leopoldo entró al salón, tarde como siempre, se desplomó sobre su banca, agradeciendo el descanso después de la hora de camino, donde su integridad física y vida, habían estado varias veces en peligro. El aula, a pesar

de su techo destartalado, y las paredes descascaradas, ofrecía algún refugio al viento y la lluvia, era un buen lugar para estar. Ya en la tarde regresaría a casa a corretear chivas, a recoger leña, reconstruir cosas, cargar piedras, a realizar mucho trabajo disfrazado de juego, así que por lo pronto estaba bien sentarse, a contemplar las maravillas, algunas difíciles de entender, de las que hablaría el profe Sergio.

El maestro vió llegar a Leopoldo corriendo como siempre, tarde, empapado, y no se molestó en reprenderlo, no había nada que reprender, ya era bueno que llegara en una pieza. Hizo un esfuerzo y se concentró en seguir la explicación de un video que iban a ver.

Sergio guardó silencio, y dejó que el documental de la máquina de rayos, la bobina de Tesla, le arrancara suspiros a la clase, mientras una modulada voz femenina en español, les explicaba las generalidades.

El maestro volvió a ver a Leopoldo, con los ojos brillantes de interés, inmóvil, tratando de entender, y recordó a otro alumno, de otro tiempo, de una gran ciudad, que no podía quedarse quieto, y nunca ponía atención:

- Por favor ya cállate -le dijo a Jorge Ramos una de tantísimas veces.

Jorge asintió, guardó silencio 5 segundos, y comenzó a picarle las costillas con un lápiz a su compañera de enfrente, iniciando un altercado.

- Yo ya no hablé -se excusó Jorge ante la mirada iracunda del profesor- fue ella la que se puso a gritar.

- Muy bien -dijo Sergio suspirando, hablemos -ordenó con un tono tajante- Sabes que estamos juntos en esto, que pasaremos 5 o más horas al día, por años, obligados a convivir. ¿Por qué no tratas de que sea más fácil para todos?

Jorge hizo como que meditaba.

- ¿Puedo decir lo que pienso? -amenazó, era un muchacho realmente listo, y que incluso leía, si eso le daba armas contra sus maestros.

- Sí. -Aceptó Sergio, preparándose para un conflicto.

- No estoy de acuerdo en pasar mis días de juventud, sentado 5 horas al día. Mi abuelo me dijo antes de morir, que si hubiera sido más inteligente, habría escapado más de la escuela para salir a explorar. La neta no me puedo creer, que los papás se la pasen enseñándonos a caminar y hablar los primeros dos años de nuestra vida, y luego se pasen otros 20 tratando de

mantenernos callados e inmóviles en la flor de la juventud.

- De acuerdo, ¿quieres una discusión seria o sólo molestar?

- Estoy aquí para aprender -dijo cínicamente.

- Estás en plenitud física, pero también mental, es el mejor momento para adquirir datos y habilidades. El que no te interese no significa que no lo necesites después. Por ejemplo ¿Cómo podrás administrar tu propio dinero si ni siquiera sabes sumar?

- Sé sumar -dijo sonriendo - se cuánto dinero tengo, incluso sé que traigo más que otras personas. Mi papá no fue a la escuela y montó fábricas, que hacen bastante dinero.

- Pero incluso él debió aprender matemáticas, por gusto o necesidad. ¿Acaso estudias en tu casa, por tu cuenta, para no necesitar venir a la escuela?

- A veces voy a la fábrica a aprender -dijo quitando la sonrisa.

- ¿A veces? -preguntó observando a los amigos de Jorge que se burlaron, pues sabían que se la pasaban cotorreando después de clase.- Entonces sí necesitas aprender. Y crees que sabes sumar.

- Claro que sé sumar- insistió Jorge.

- ¿Te pongo un problema en el pizarrón? ¿Con una simple suma?

Jorge lo sopesó, si fallaba, en algo tan simple, no se acabaría las burlas, y entendía que el maestro podía poner algo muy complejo, incluso de un tema tan simple como sumar.

- De acuerdo, debo aprender, pero ¿debe ser ahorita? y ¿debe ser lo que ustedes dicen?

- Si no ¿cómo? -preguntó Sergio, sintiéndose con la victoria.

- Mi abuelo me habló de las clases de ágora, de Sócrates y Platón. Ellos enseñaban en el centro de la ciudad, en el mercado. Si necesitaban un pizarrón usaban el suelo para hacer marcas. Muchas clases de geometría se dieron dibujando en arena de la playa. Me contó que había diferentes escuelas, y no se ordenaba desde ningún lugar lo que en ellas debería enseñarse. Si alguien quería aprender, se acercaba voluntariamente sin que le obligaran, y tú escogías, no de niño, de adulto. Y a esos hombres que se acercaron a clase tan tarde, hoy los consideramos fundamentales en el conocimiento humano.

- Buen punto, ¿sabías que la mayoría de los padres de la época de la Grecia clásica, buscaban educar a sus hijos en un oficio, desde niños? ¿Les gustara o no? Le pagaban a un artesano, soldado o religioso para que los tomaran de aprendices, aunque debo reconocer -dijo Sergio mirando por la ventana a los jardines de la escuela- que a veces a mí también me vendría bien que nos dejaran tomar clases allá afuera, con sólo aquellos que tienen ganas y aptitudes, como le hacen los seleccionadores de deportes, pero yo no quiero cerrarle la oportunidad a nadie... Creo que podría encontrar formas de explicar tensiones, y saltos parabólicos, trepados en los árboles, compitiendo a jalar la cuerda, estableciendo módulos de young en trampolines, explicando la paradoja de Zenón corriendo por todos lados...

Sergio regresó al presente, el video había terminado y Leopoldo levantó la mano para hablar.

- Sí, Leo -le dio la palabra el profesor.

- Cuando haiga oportunidad -pidió el niño- llévenos de un viaje a un museo, para ver estas cosas en vivo.

- ¿Haiga? -preguntó Sergio llevándose una mano al rostro mientras negaba contrariado.

- ¿Niru? -aventuró Leopoldo. Todos los niños rieron.

Sergio cuestionó con la mirada a un alumno junto a él.

- Supongo que es una forma de decir "Haya", en rarámuri -le explicó el pequeño.

Sergio asintió, preguntándose una vez más, como podían ponerse de acuerdo en qué educar, y cómo hacerlo, con tantas formas de pensar chocando, y que encima, parecían tener razón, contradictoriamente, desde la realidad de tanta gente, que influía sobre lo que pasaba en las aulas de clase. Sergio suspiró, aceptando que no le quedaba por lo pronto más que emprender su chamba, tomó un gis y se dispuso a explicar la tercera ley de Newton, con sencillos problemas numéricos, que era lo que tocaba en el programa, sabiendo que en menos de una hora, tendría a la mitad de los niños adormilados, preguntándose cuanto faltaría para salir al recreo.